

Puertas adentro

Alejandro Londoño

Maestrante en Comunicación por la Pontificia Universidad Católica de Chile, licenciado en Negocios de Comunicación por la Universidad de Palermo, creativo publicitario por la Escuela Superior de Creativos Publicitarios de Buenos Aires y tecnólogo en Realización Audiovisual por el Instituto Universitario de Cine y Actuación (INCINE).

Me desempeñé como Director del Área de Comunicación de la Organización Comunitaria INEPE y Coordinador de Investigación y docente del Instituto Superior Pedagógico INEPE, en Quito.

Concibo la comunicación, la educación, la investigación y el arte como ejes sinérgicos para la construcción del pensamiento crítico, el rescate del patrimonio cultural, el empoderamiento de las comunidades y la creación de un nuevo tejido social más empático, ético, responsable y con conciencia biosférica.

A veces la vida se abre como una puerta que nadie pidió tocar.

Valentina apretó la servilleta hasta volverla una tira delgada, una orilla que se resiste. El comedor estaba vestido con globos discretos y serpentinas que la hermana menor había colgado con entusiasmo. La mesa, larga, reunía platos hondos, trozos de pan, un cuenco de ají que perfumaba el aire y una fuente de carne aún tibia. Sobre el pastel, tres velas en triángulo vacilaban por la corriente que entraba desde la ventana. Afuera, la ciudad hablaba en voz baja: motores que ascendían una avenida, voces que se despedían, una radio lejana con música que se mezclaba con el olor del horno.

—Estoy embarazada —dijo Valentina. La palabra ocupó todo el mantel.

El aire se detuvo un momento. La abuela fue la primera en levantarse; besó la frente de Valentina con un gesto sencillo, sin entonaciones heroicas. Doña Miriam, su madre, tomó una taza de té de manzanilla con anís —antiguo remedio contra cualquier sobresalto— y la dejó frente a la hija. Los ojos de los tíos se hicieron silenciosos. La hermana cortó un pedazo de pastel diminuto, con una culpa que parecía azúcar. Felipe, el primo, tardó una fracción de segundo —lo suficiente para que asomara la sorpresa real— y luego apoyó la mano sobre la mano de Valentina. Un gesto pequeño que sostuvo la habitación.

—Aquí estamos —dijo la abuela.

—Aquí estamos —repitió Doña Miriam, con el borde de la taza tiñéndole los dedos de calor—. Bebe un sorbo.

Valentina obedeció. En cuanto el té tocó su boca, el mundo recobró una forma. Notó, sin embargo, que el aire no entraba igual. Como si una puerta invisible se hubiese entornado dentro de su pecho. Contuvo la respiración a la mitad, una, dos veces; después, dejó salir el aire despacio, como si con ese hilo tenue rescatara el equilibrio. Lo repitió en secreto: adentro en cuatro, afuera en cuatro. La habitación regresó de a poco al ritmo de los cubiertos, de las sillas que rozan el piso, de un vaso que golpea suavemente el plato.

Felipe se arrimó a la silla contigua. Su voz fue calma.

—Si necesitas aire... los helados de la esquina nunca hacen preguntas.

Una tía se atrevió.

—¿Y el papá?

Valentina posó otra vez la taza.

—Se llama Carlos. Lo estamos procesando.

Alguien sirvió colada morada. Ya era tiempo de difuntos, esa fue la excusa para que toda la familia esté reunida. Con cada cucharada, Valentina recobraba un poco el color. Pensó en los ojos de Carlos como faros mal calibrados: a veces iluminaban, a veces encandilaban. No sabía aún si él era ruta o desvío. Recordaba sus manos buscando las suyas en un concierto una noche de viento; recordaba que habían bailado torpes bajo una carpa en el césped y que luego él habló de proyectos: una beca, un viaje, la necesidad de “no amarrarse”.

La conversación regresó como una radio que se enciende de nuevo. Doña Miriam llevó pan, cortó queso, acercó mermelada. La abuela contó una anécdota de su primer embarazo, cuando el agua del grifo le delató el antojo. Todos rieron con relieve mínimo, agradecidos de que la anécdota viniera a ocupar los bordes del silencio.

En la cocina, mientras guardaban platos, Felipe bajó la voz.

—¿Vamos por esos helados?

Salieron. La tarde tenía olor a pan recién horneado y asfalto tibio. En la heladería pequeña, Felipe pidió dos de mora con queso. Añadió, como quien prepara un ancla blanda, dos panes de canela envueltos en chocolate. Se sentaron en las mesitas —costumbre de infancia que sobrevive—, los pies colgando.

—Me asusta todo —dijo ella, limpiándose el borde morado de los labios con el índice—. Pedir ayuda. Ser... una carga.

Felipe dejó el helado. Sacudió una miguita.

—Las cosas pesan. Las personas se llevan. Y se llevan entre varios. Si quieres que yo esté, yo estoy.

El plural “entre varios” le abrió un espacio en el pecho. No era una soga, era un puente.

Esa noche, el teléfono tembló sobre la mesa de luz, insistente. “¿Podemos hablar?”, decía el mensaje de Carlos. Valentina esperó un minuto para que la ansiedad no dejara huellas digitales en la pantalla. Fue a la cocina. Doña Miriam, que pasaba con una bandeja de vasos, torció el cuello.

—¿Él?

Valentina aceptó la llamada.

—Hola.

La voz de Carlos fue una puerta entornada.

—Vale, escuché el mensaje. Esto me toma desprevenido. No estamos listos. No podemos...

—hizo una pausa— no podemos amarrarnos así.

—No dije matrimonio —dijo Valentina—. Dije que estoy embarazada. Quiero hablarlo en persona.

—No hagamos de esto una complicación —buscó—. Aún hay opciones. No nos deformemos la vida. Podemos... ya sabes.

No pronunció la palabra. Prefirió dejarla colgando, como si la insinuación fuera suficiente.

—Ven el siguiente sábado a cenar —pidió Valentina—. Mi mamá quiere conocerte. Yo quiero verte. Hablamos y te vas.

—No sé si convenga mezclar a... —dudó—. Está bien. Voy.

Colgó. Doña Miriam apareció con un sánduche de queso y tomate.

—Come, con el estómago vacío nada se piensa claro. Y luego, ojos abiertos. A una persona seria se le nota en la mesa.

Valentina asintió, subió al cuarto con el sánduche como un salvavidas templado. Esa madrugada, soñó con puertas: un pasillo largo; algunas se abrían y dejaban ver una playa gris; otras, cerradas, guardaban voces. Al final, una puerta de madera clara. Adentro sólo estaba su respiración, un hilo que entraba y salía en conteos iguales.

De niña, Valentina había aprendido a distinguir los sonidos de la casa como si fueran estaciones de un mismo tren. A veces, de madrugada, despertaba y encontraba a su madre en la cocina, frente a una taza humeante. Doña Miriam movía la cucharita despacio, sin golpear el borde, como si no quisiera despertar más a la noche. Entonces, la niña se sentaba en la silla alta y apoyaba los codos en la mesa. No preguntaba por su padre. Sabía que no vendría. El lugar vacío frente a la taza era un molde sin yeso. Doña Miriam le ofrecía un sorbo y le enseñaba a soplar antes de beber, para no quemarse. “El té se toma con paciencia —decía—. Si lo apuras, te duele.” En ese ritual silencioso, Valentina entendió que la casa podía sostenerse con pocas manos, que a veces la ausencia no se llena, pero se bordea con calma y agua caliente.

La semana transcurrió, el cielo no anunciaba tormentas, pero el viento no se decidía. En el colegio, Valentina trabajaba con sus estudiantes, todos adolescentes, corrigió cuadernos, analizaban el contexto, el tema de la semana, las corrientes feministas. Sólo una vez, junto a la ventana, tocó la curva mínima de su vientre con el dorso de la mano, y comenzó a leer artículos científicos sobre embarazo. Pensó en la niña que había sido y en la mujer que deseaba no repetir mesas vacías.

Llegó el sábado, la cocina se volvió coreografía sobria. Doña Miriam en la cocina; la abuela, sentada, escogiendo frutas; la hermana, picando cebolla. Felipe llegó con una botella de jugo y pan. Valentina se detuvo un segundo frente al espejo del pasillo. Esa mujer de ojeras leves, cabello sujeto y un trazo de color en los labios era ella. No regalaría su temblor.

Carlos escribió: “Ya estoy en la ciudad, llego en 20”.

A las ocho, sonó el timbre. Doña Miriam se encaminó, pero Valentina le ganó el pomo. Carlos estaba impecable: camisa planchada, perfume, el cabello peinado hacia atrás. Sonrió con naturalidad trabajada, se hacía ver como todo un caballero.

—Buenas noches.

—Pasa.

Lo presentó. Saludó a la abuela con respeto, a la madre con “mucho gusto”, a la hermana con una broma fácil. Felipe le estrechó la mano; fue un apretón honesto, sin fuerza excesiva ni rabia contenida. Carlos ocupó un lugar desde el que resultaba natural estar en el centro.

Al principio, todo fue cómodo. Carlos era buen conversador. Tenía anécdotas de oficina, midió las risas y supo agradecer la comida. La mesa pareció un escenario amable. Carlos llamó la atención de todos desde su primera palabra, su acento del sur del país hacía parecer que cantaba en cada frase.

Entonces ocurrió, la conversación derivó a nombres de bebés —la abuela rescatando nombres antiguos, la madre defendiendo nombres simples— cuando el celular de Carlos vibró sobre el mantel. Ese sonido tiene atención propia: todas las miradas fueron al aparato. En pantalla apareció “Desconocido”. No “mamá”, no “equipo trabajo”. Carlos lo miró dos segundos, tocó para colgar y giró el teléfono, dejándolo boca abajo. El gesto fue limpio, entrenado.

Felipe lo notó y volvió la vista a la charla sin subrayarlo. Valentina sintió un pinchazo sutil, se sirvió más jugo para tener las manos ocupadas. Carlos retomó su historia: su jefe, gracioso y exigente; su proyecto, urgente; lo que vendría, mejor.

—Criar nunca ha sido cosa de uno solo —dijo Doña Miriam con naturalidad—. Donde se puede, se cría entre todos. Y se cuida con límites, sin dramas.

—Sin dramas —repitió Carlos, buscando complicidad—. Lo sano es no complicarse la vida.

“Lo sano es no complicarse”. La frase se le pegó a Valentina como un papel húmedo en la suela.

Cuando él se despidió, fue afectuoso, prometiendo “hablar con calma”. Besó mejillas, agradeció la comida, midió el tono. Valentina abrió la puerta. Notó el pulso firme al girar la manija. Al cerrarla, un pensamiento breve la atravesó: las cosas se abren y se cierran con la misma mano.

—¿Te quedas conversando? —preguntó Felipe en voz baja.

—Mañana. Hoy no.

La madrugada olía a jabón y a toalla recién exprimida. Valentina salió de la ducha con el cabello húmedo. Carlos por su parte, entró a la ducha.

El celular de Carlos sonó, el mismo número desconocido, Valentina no quería contestar, sabía que algo iba a suceder.

—¿Hola? —Dijo Valentina impaciente

—Entonces Carlos se fue donde ti —Dijo una voz femenina con el mismo acento del sur del país que le caracterizaba a Carlos, mostraba desilusión — Me llamo Melany. Soy... mejor decirlo claro. Salgo con Carlos. O salía. No lo sé. Carlos me dijo que terminaron y que abortaste ya, pero veo que no es así.

Valentina se sentó en el borde de la cama. La toalla fue una coraza mínima. El mundo no se desmoronó. Se acomodó. Las piezas encajaron, pero dolían. Las manos, de pronto, no temblaban; estaban frías. Agradeció que Melany no hubiera adornado nada.

—Gracias —dijo—. No sé qué haré. Te agradezco que me hayas llamado.

—No confío en él —dijo Melany—. Te lo digo por ti y por mí. No quiero que él decida por nosotras. Que bueno que contestaste tú.

Carlos salió de la ducha y comenzó a vestirse. Le prometió a Valentina el mejor desayuno, seguramente para que no le supieran amargas sus palabras. Valentina ya estaba vestida, en un rincón de la cama, pensando qué decir.

—Mi bebé no es una carga, ni una complicación —dijo Valentina, sus palabras fueron secas, cortaron el aire de la habitación. —Ayer giraste el teléfono como quien sabe dónde está el fuego, volvió a llamar ese número desconocido —Prosiguió.

El silencio reinó la habitación unos segundos, Carlos no logró encontrar el valor para ver a Valentina, prefirió seguir de espaldas a ella.

—Tengo miedo, Vale. No sé... No estaba en mis planes. No sé quién soy si esto... —paró—No me siento preparado.

—No me uses de pared para tu eco —dijo ella—.

Doña Miriam ya estaba en el umbral, pero no quería interrumpir. La voz fuerte de su hija le llamó la atención.

—Esto no nos conviene —arrancó—. Sé que suena duro, pero no hagamos de esto un desastre. No nos convirtamos en gente atada a cuotas y pañales. No nos contaminemos de... —se corrigió— de problemas que nos quitan camino. Hay opciones mejores que lastimarnos. Yo... —abrió la boca otra vez, como si la disculpa estuviera por llegar, pero no encontró palabras.

Valentina no interrumpió. Lo dejó decir. En esa pausa quebrada hubo algo humano que no lo salvaba de nada, pero lo hacía de carne.

—Te vas —dijo por fin, caminando hacia la puerta—. Y te lo digo yo. Te vas.

—No seas dramática. Madura. No arruines tu vida por orgullo —se defendió él—. No seas víctima de ti misma.

La rabia contenida se notó en la cara de Valentina, no era una adolescente y él no era su primer amor. Agarró la mochila de Carlos y la lanzó con un grito. —Te largas ya.

Doña Miriam volvió a subir las gradas, Felipe llegó al departamento. Las palabras de Carlos se escucharon como crujidos de madera hasta la puerta principal.

Felipe entró. No habló. Se colocó al lado de su prima, la madre hizo lo mismo. Valentina agradeció con la mirada.

—¿Te acompaño? —dijo Felipe, dos palabras, pero un mensaje claro.

Carlos no dijo nada, solo miró a una familia unida, por un momento parecía que se iba a quedar, pero salió. En el umbral, volvió ligeramente la cabeza, como si al fin fuera a pronunciar la disculpa que flotaba; le faltó aire para articularla. La puerta se cerró. Valentina apoyó la frente en la madera y, ahora sí, lloró. Doña Miriam la tomó por detrás. El llanto no duró mucho. Fue hondo. El sonido de la tetera en la cocina volvió a marcar un pulso doméstico.

—Llora —dijo su madre—. Y cuando termines, te haces un té. El cuerpo también piensa.

En la taza humeante, Valentina reconoció el ritual de su infancia. Soplar antes de beber para no quemarse. Sostener el calor en las manos para recordar que se está viva; tragar despacio, como quien toma una decisión por partes.

Los días siguientes fueron una ciencia menor de sobrevivir. Valentina preparó clases, organizó materiales, descubrió el idioma nuevo de su cuerpo: olores intensos, sueño a deshora, una sensibilidad que la dejaba sin defensa frente a ciertos comerciales en la televisión. Había mañanas de rabia —en las que la casa parecía un mueble torcido—, y otras de una serenidad inesperada. Melany llamó una vez más, hablaron como quienes cruzan un puente colgante: sin promesas, sin juicio. Compartieron silencio. Bastó.

La casa adoptó un ritmo capaz de sostener. Doña Miriam pegó en la nevera una nota: “hoy lentejas”; debajo, otra: “cita en el centro de salud”. Felipe pasó con pretextos —traer un cable, devolver un libro— y se quedó lo justo para cambiar una bombilla, lavar los platos apilados, recordar que no estaban solos.

En el colegio, Valentina encontró refugio en lugares frecuentes: biblioteca de polvo pacífico, patio con pelota remendada, las risas de sus estudiantes le alegraban los días. Mirando una fila de cuadernos con mapas conceptuales, pensó en la palabra “hábitat”. Necesitaba construir uno nuevo. Para eso, tenía que tomar una decisión que pesaba como la ciudad entera y, a la vez, se volvía liviana cuando tocaba su vientre.

Pidió una cita. El centro de salud que conocía tenía un cartel de “Consejería”. No quería respuestas dictadas. Quería condiciones para escuchar la suya.

La psicóloga que la recibió hizo preguntas sin condescendencia: su red, su trabajo, sus miedos. Le dijo que escuchar su cuerpo no era egoísmo. Que elegir no era un crimen. Le dio folletos, le ofreció tiempo. Valentina salió a una tarde que olía a cemento mojado y sopa. Caminó sin paraguas. Se mojó. Recordó a su madre soplando el té. Recordó la silla vacía de su padre. No quería convertir a su hija —si la tenía— en una heredera silenciosa de ausencias. Tampoco quería convertirse en una copia de su madre por obligación. Quería decidir. Aquella noche, abrió en la computadora una carpeta llamada “Puertas”. Escribió sobre sostener y soltar, sobre nombres que no daría jamás, sobre la promesa de no justificarse ante quien no estuviera dispuesto a acompañar lo difícil. Guardó, cerró, volvió a abrir por superstición. Quería que el archivo respirara con ella.

El día de la decisión llegó sin hacer ruido. Eligió una clínica donde nadie la conociera. Chaqueta amplia, botella de agua, un libro que no abrió. Dijo en casa que iba a la biblioteca. No mintió: iba a un lugar donde se ordenan cosas.

La sala de espera estaba llena de relojes sin números. Un televisor mudo mostraba recetas, manos batían claras; todo parecía estar en otro idioma. Valentina miró la puerta por donde entraban y salían otras mujeres. Eran ella y no lo eran. Cerró los ojos. Se abrazó el vientre con cuidado, como si dijera gracias pero hasta aquí.

—Valentina López —anunció una enfermera, borde preciso entre amabilidad y práctica.

Entró. El pasillo tenía luz blanca y respiraciones discretas. Una doctora de ojos calmos le tomó la mano y explicó con dibujos. Alguien le tocó el hombro con respeto. Le dijeron que podía cambiar de idea en cualquier momento. Le pidieron que respirara. Ella asintió. Aceptó que eso también era cuidarse.

No hubo dramatismos de película. Hubo procedimientos, voces bajas, profesionalismo. Hubo, sobre todo, su respiración, al principio, atropellada; luego, a compás: adentro en cuatro, afuera en cuatro. Afuera, la lluvia prometida desde la mañana se decidió. No golpeaba; caía como un velo que ordena el paisaje.

Cuando todo terminó, la doctora habló despacio:

—Te quedas un rato. Estás bien. Si sientes algo extraño, avísanos. Si no, descansa.

Valentina no sintió triunfo ni derrota, sino orden. Una línea tocando otra. En el techo, un rectángulo de luz era una ventana a ninguna parte. No la necesitaba. Se vistió. Aceptó un té que sabía a todas las tazas de su vida. Cada sorbo fue una escalera breve.

Firmó el último papel. Caminó por el pasillo. El mundo se mostró discreto: no hubo gritos, ni sirenas. Hubo puertas. Al empujar la de salida, algo acomodado en su pecho cambió de lugar, como una silla arrimada a la mesa después de comer.

En el umbral de la clínica, la chaqueta en los hombros, el cabello pegado a la sien, sintió una serenidad nueva, sin adornos. La calle reflejaba semáforos. Los charcos contenían jardines pequeños de luz. Inhaló una vez, con profundidad. Exhaló. Había perdido. Había elegido. Había vuelto a estar. No había alegría fácil. Había alivio. Había presente.

Un carro dobló la esquina sin prisa. Se estacionó con ese cuidado de quien llega a un lugar donde alguien espera. El vidrio del conductor bajó. La sonrisa de Felipe apareció primero.

—¿Taxi de confianza? —dijo, y en ese chiste sencillo cabía una promesa larga.

Desde el asiento del copiloto, Doña Miriam se inclinó. No había juicio en su rostro. Había ternura cansada y orgullosa.

—¿Vamos a casa?

Valentina abrió la puerta trasera. Se sentó. Doña Miriam le acomodó la chaqueta. Felipe buscó sus ojos en el retrovisor.

—Estoy —dijo. Bastó.

El carro se puso en marcha con paciencia. La ciudad, lavada, parecía ordenada. Una radio mal sintonizada dejó escapar un tema antiguo. En la esquina, un vendedor cubría su puesto con plástico transparente. Un semáforo alcanzó el amarillo con amabilidad. Valentina apoyó la frente en el vidrio y dejó que las fachadas pasaran. Pensó en Melany, en la clínica, en otra lluvia. No le deseó nada concreto, o sí: compañía. Compartían el mismo engaño.

Ya en casa, subió al cuarto y encendió la computadora. Había un mensaje de Melany: “Hoy tomé una decisión también. Si alguna vez quieres hablar, aquí estoy”. Valentina respondió: “Que te acompañen bien”, escribió. Apagó el monitor. Respiró. Bajó a la sala.

La abuela había dejado una maceta nueva en el patio, como si la tierra también necesitara ocuparse. Doña Miriam estaba arreglando viejos libros, Felipe terminando de organizar los platos. Pequeñas tareas. Sin embargo, cada una fue una declaración.

—No discutimos nada con hambre —dijo Doña Miriam, acercándole un sánduche envuelto—. Valentina sonrió. Mordió. La miga se le pegó al paladar con suavidad. El queso fue un abrazo tibio. Supo que, al terminar, quizá pondrían algo sin importancia en la tele. La abuela diría un comentario con chispa. La hermana contaría un chisme menor. La vida tendría uñas, pero también manos que sostienen.

Esa noche, en su cuarto, abrió la carpeta “Puertas” y escribió una página nueva. No buscó absoluciones. Dejó constancia: el amor no se mide por silencios que nadie ve. La promesa de Felipe había sido promesa cumplida. Su madre le había enseñado que, antes de la moraleja, va la comida. Su cuerpo era casa, no tribunal.

Apagó la computadora. Abrió la ventana. Entró un aire que olía a tierra lavada. Las luces del barrio titilaron.

En el pasillo, escuchó a Felipe reír con la abuela. A Doña Miriam decir “mañana vemos”. El mundo dijo, otra vez: “aquí estamos”. Se metió bajo la sábana. Su respiración, medida, la acunó.

En un lugar donde las puertas rara vez se cierran del todo, Valentina, por fin, cerró una. Se quedó mirando el pomo, que devolvió un pequeño reflejo de su rostro. Sonrió de lado. No había aplausos. Había, afuera, un pregón bajísimo que se diluía. Adentro, silencio que ya no asusta.

Mañana, el colegio. Mañana, los mapas conceptuales. Mañana, los autobuses, las tareas por revisar. Mañana, quizá, reír sin calcular el ángulo. Por ahora, respiró, y en cada respiración, una certeza: la vida va a complicarse; elegir lo que sostiene también. Para sostenerse, se necesita gente, y puertas que una misma decide abrir o cerrar.

La lluvia volvió a insinuarse en el techo, discreta. Valentina contó cuatro. Inhaló. Contó cuatro. Exhaló. Cerró los ojos. Soñó con un pasillo. Al final, la puerta de madera clara. La abrió. Adentro había una mesa puesta: una taza humeante y tres sillas. Una para ella. Otra para su madre. Otra para Felipe. A veces —pensó— el amor es eso: tener dónde sentarse al volver; y sobre la mesa, un sánduche que dice, sin decir, “no estás sola”.

Dormida, Valentina se acomodó boca arriba, frotó sus manos sobre su vientre aún plano y dejó salir unas palabras —Bienvenida pequeña Aurora, aquí tienes una familia.